

Los hijos de Jacob se preparaban para partir, pero descubren á lo léjos la comitiva de Siquem. Resuelven entónces ocultar en su interior su atroz proyecto de venganza, como el que esconde un veneno delante la persona que lo ha de apurar. Jacob se adelanta para recibirle. Los dos ancianos se abrazan. El jóven príncipe reboza de contento: mira con ánsia y con placer aquellos semblantes que le recuerdan las facciones de la que ama, y se contempla ya como enmedio de una nueva familia de hermanos. El acento, los modales, los vestidos, todo le representa al dulce objeto, porque cuando se ama, todo lo que le recuerda es grato al corazón. «El alma de mi hijo, se ha embelesado de vuestra hija, dijo Hemor profundamente conmovido, y está unida con la suya; dádsela, pues, os ruego, por esposa, y enlacemos mutuamente nuestras familias, dándonos vuestras hijas y tomando vosotros las nuestras. Habitad con nosotros; la tierra está á vuestra disposicion; cultivadla negociad con ella, y poseedla: formemos una sola familia y estrechemos nuestros vínculos en íntima y perpétua alianza.»

Así habló el anciano con la noble franqueza de un rey y con la efusion de un padre y de un amigo. Siquem, trasportado de júbilo y de amor, se dirige con respetuoso afecto al padre y á los hermanos de Dina. «Halle yo gracia delante de vosotros, y daré cuanto determináreis. Aumentad el dote, que yo os entregaré gustoso cuanto pidiéreis con tal que me deis á la jóven esposa.»

Los hijos de Jacob, cerrando su pecho á todo sentimiento de conciliacion, no veian mas que el ultraje cometido contra su hermana. Y disimulando la venganza que respiraban, respondieron con doloso amago á Siquem, y á su padre: «No podemos hacer lo que pedís, ni dar nuestra hermana á hombre no circuncidado, porque sería entre nosotros un acto ilícito y abominable. Mas si conviniéreis en circuncidar vuestros varones y asemejaros á nosotros, con esta condicion podremos enlazarlos con mútuos lazos de parentesco, dando y recibiendo recíprocamente vuestras hijas y las nuestras, y habitar en vuestra compañía, formando un solo pue-

blo. Pero si no quereis circuncidaros, tomaremos á nuestra hija y nos retiraremos.»

La mas solapada perfidia se encubria debajo de estas lisonjeras palabras, que llenaron de gozo el corazón de los dos siquemitas. No tenian aún los hijos de Israel ley expresa que les prohibiese enlazar con las hijas de los que no estaban circuncidados. ¿Lo estaba por ventura Laban cuando Jacob casó con sus hijas? ¿Júdas y Simeon no enlazaron despues con dos cananeas? Buscaban, pues, los hermanos de Dina cómo cohonestar su atroz designio; pero ni aun este pretexto les dejó la generosidad de los dos extranjeros. Hemor, que no sentia repugnancia en adorar al Dios de Jacob, y que anhelaba la alianza de su familia, y su hijo impulsado además por la pasion que rompe todo los obstáculos, consintieron en complacer á los hermanos de Dina. Regresaron rebozando de júbilo á sus tiendas, y encontraron á Dina cuyo pecho palpitaba ya por su vuelta, entre el temor y la esperanza. «Ya eres mi esposa, prorrumpió sin poder contenerse el hijo de Hemor: recibirás la bendicion de tus padres: habitarémos juntos una misma tienda, y adorarémos un solo Dios. Yo voy á prepararme y viviremos colmados de felicidad.»

Fuerza era sin embargo preparar al pueblo para aquel acto de dolor y presentarle ventajas é intereses puramente materiales y de conveniencia pública, pues solo por este medio se logra persuadir á la multitud. La puerta de la ciudad era donde se reunia el pueblo para deliberar sobre negocios de religion y de política, tal como la conocian aquellas tribus pastores. Hemor y Siquem, pues, arengaron al pueblo, presentándole cuánto les convenia trabar alianza con una gente recta, activa y laboriosa, que podia con su trabajo é industria fomentar y utilizar la fecundidad de sus campos, cuya extencion necesitaba de mayor número de brazos; presentando por último el atractivo de sus mujeres, y los dulces vínculos de amor que con ellas podian estrecharles. «Un solo obstáculo hay que vencer, añadieron, para el logro de un bien tan considerable, y es seguir su rito, circun-

cidando nuestros varones. A esta sola condicion su hacienda, sus ganados, todos cuantos bienes poseen serán nuestros: viviremos juntos, y formaremos un solo pueblo,"

El pueblo á quien muy fácilmente se fascina con las promesas de riqueza y de prosperidad, se dejó persuadir sin esfuerzo, y consintieron en la dolorosa operacion, circuncidando á todos los varones. Dina entretanto, llena de placer esperaba con ansia la venida de su padre, su bendicion á ella y al nuevo esposo y el abrazo de sus hermanos. Aquel dia será el mas bello de su vida. La paz de dos pueblos vecinos asegurará la felicidad y la abundancia de su familia, y calmará los sobresaltos de su corazon, inquieto aún por los remordimientos. Un jóven príncipe que la amaba como á la luz de sus ojos será su esposo, que aguarda por momentos poder llamarse hijo de Jacob y doblar la rodilla ante el Dios verdadero. Con tan hermosas ilusiones un sueño dulcísimo cerró los ojos de Dina, y le representó el embeleso de la felicidad.

Aquellos primeros hombres conocian ya por desgracia el arte fatal de destruirse. Los campos de Seir y de Pharam habian visto los combates de nueve diversos pueblos enemigos. Los reyes de Sodoma y de Gomorra fueron vencidos en tiempo de Abraham por los terribles elamitas y por los habitantes de Sanaar; y el mismo patriarca se vió obligado á perseguir con los suyos á los vencedores, para libertar á Loht y á su familia del poder de sus manos.

Simeon y Leví se cubren con pieles de tigre y de leon, toman flechas empapadas en jugo venenoso, y el primero se arma con el terrible cuchillo que se levantó sobre el cuello de Isaac. Ellos dos solos, seguidos de sus domésticos, quieren internarse en las tiendas de Hemor. Los demas siguen á alguna distancia. La luna y el silencio favorecen su partida. Simeon ardiendo en la sed de la venganza, se atreve á dirigir al Señor una súplica ántes de partir. "¡Dios de Abraham! Tú que abrasaste á las ciudades nefandas con un soplo de tu furor, venga el ultraje

Cometido con la inocente hija de Jacob! Sea este cuchillo que detuvo tu ángel sobre la cerviz de mi abuelo, el instrumento de tu justicia, y recibe en holocausto la sangre de los incircuncisos."

Los dos hermanos se dirijen los primeros al país de Siquem, envueltos en las sombras de la noche, y llegan á las tiendas en la hora en que hombres y animales yacen entregados al sueño. Sin ser advertidos de nadie, penetran en la cabaña del príncipe, y se disputan el bárbaro placer de matar á Siquem. Simeon se adelanta y encuentra al jóven medio dormido sobre su lecho. "Muere, infame, le dice, no volverás á robar á la la hija de Jacob" Y la cuchilla se clava en su blanco pecho y vuelve á salir humeando. El infeliz abre sus ojos cubiertos con el velo de la muerte, murmura algunas palabras, y no pudiendo mirar al asesino, inclina su frente y pasa del sueño á la muerte sin casi exhalar un suspiro. Dina, que no se hallaba distante, despierta al ruido de los guerreros, y pasa en un momento de los encantos de un sueño deleitoso, á las mas horrible de las escenas. Azorada, sin aliento, arroja un grito de horror, y es detenida por su hermano ántes de arrojarle sobre el cuerpo ensangrentado del príncipe. Simeon, empero, como un buitre hambriento sobre un campo de cadáveres, busca como saciar su sed de sangre y se separa de su hermana. El viejo Hemor se habia levantado de su lecho, azorado por los alaridos de Dina: toma con mano trémula su lanza inútil y la arroja al pecho de Simeon que le sale al encuentro. Simeon coje al anciano por los cabellos, le arrastra hasta el pie de su propio lecho y le pasa tres veces el corazon. ¿Pero Dina dónde está? Ha desaparecido. Simeon la busca por todas partes como un leon que ha logrado romper sus hierros, y busca con ojos sangrientos los cachorros que le habian arrebatado. Leví hacia inútiles esfuerzos para desprender á su hermana de los brazos de Siquem, que yacia sin vida sobre su lecho. La desdichada, desgarrado el pecho de dolor y de desespero, creia poder comunicar vida con su aliento al inanimado príncipe, porque el amor cree poderlo todo. "Bárbaros, exclama, hermanos

sin piedad, ¿es esta la alianza prometida? ¿así tratáis á los que os esperaban como hermanos? ¿Es este vuestro ósculo de paz?" Y sus palabras se perdían como los gritos del náufrago entre el torbellino de la tormenta.

Simeon y Leví hacen entretanto un horroroso estrago entre los siquemitas desprevenidos é indefensos. Envano corren á tomar sus armas. Assor, de la raza de los cananeos, tuvo tiempo para tomar su maza forrada de acero que manejaba como un débil junco, y que deja caer sobre el hijo de Jacob y le derriba en tierra. Pero Leví corre en su ayuda, y ciego de furor le hace saltar con la espada la mano con que blandía la maza formidable. Las esposas é hijos sorprendidos en sus propios lechos, levantaban en vano sus manos inocentes para implorar la vida de sus padres y esposos: mas aquellos gritos eran sofocados y aquellas manos atadas con cuerdas, y llevadas sin piedad cautivas á Salem. La esposa de un siquemita se arroja sobre su esposo al tiempo que Leví iba á descargar el golpe. Hiérenos juntos, exclama: déjame morir con él, por piedad, y juntos quedaron atravesados por un mismo cuchillo. Niños débiles y desnudos buscaban sus padres, y besaban llorando las manos homicidas teñidas con su sangre.

Los dos implacables guerreros se cansaban de matar, cuando entraron los otros hermanos para consumir la venganza hasta con los restos inanimados de aquella escena de horror. Robaron los ganados de aquellos habitantes, é hicieron botín de cuanto encontraron en sus casas y campos; llevándose cautivos las mujeres y niños que despedían amargos gritos de viudez y de orfandad. Aser, hollando cadáveres y destrozos, corre en busca de su hermana querida, y Lia desgredada y sin aliento, habia seguido á los hijos de Jacob, para estrechar mas pronto entre sus brazos á sus amada Dina. No le detiene el horrible estrago para entrar en las tiendas de Siquem desiertas y soladas; sus entrañas se estremecen con los lamentos de las madres cautivas á quienes se arranca á viva fuerza de los restos sin vida de sus hijos y esposos.

Asoma por fin el sol para alegrar el mundo y poner de manifiesto todo el horror de aquella catástrofe. Algunos no bien muertos aún, piden como por compasion con sus gestos convulsivos, quien les libre de aquel tormento: la sangre chorrea á otros de sus heridas.....Se oyen en la cabaña ahullidos de dolor. El inexorable Simeon entra en ella, y cree ver á Lia llorando sobre dos cadáveres. Siquem y Dina se hallaban estrechamente abrazados. Pero Dina respiraba aún. Aser aplica temblando su mano en el corazon de Dina y le siente latir. ¡Vive! Vive aún la hija de Jacob. ¡Dina! ¡Algun impío te ha herido en su desesperacion! Dina se levanta con pena, pero no puede hablar. Sus lábios cárdenos ni aun suspiros despiden. Aser espera con ansia una mirada para penetrar su corazon. Pero es en vano, su mirar es vago, y sus ojos sin brillo se fijan un momento en la espada cubierta de sangre, que Simeon deja caer, y ni aun fuerza tienen para levantarse al cielo. Rodea la estancia un silencio como de sepulcro, en donde ni aun el llanto se oye. Simeon, sospechando la causa del dolor de su hermana, siente impulsos de furor y de compasion, y no se atreve á hablarle de sus victorias. Lia interrumpe el silencio. "¡Hija de mis entrañas! ¡Cuanto tiempo hace te buscaba sin consuelo: preguntaba á los extranjeros si habian visto la huella de tus piés! ¡El sueño huía de mis ojos, el alimento de mis lábios, el llanto era el único solaz de mi dolor! ¡Presto hubiera bajado al sepulcro, porque era madre y no te veía junto á mí! ¡Mas ahora! ¡Hija mia! ¡cómo te halla mi corazon! en medio de tanta sangre derramada, tú, triste y silenciosa, sobre este cadáver, sobre el cadáver tal vez del que te arrebató de mis ojos.....¡Oh! ¡la hija de Jacob se olvidó ya de sus padres, y entregó su amor á un extranjero impío, y gime y suspira, y llora aún sobre su raptor inanimado! ¡Ya no podrás entre las vírgenes, hijas de Jacob, sostener los trémulos pasos de tu anciano padre, y servirle en el sacrificio! ¡Qué! ¿crees que en la casa de tu padre no te aguardaba un amor!" Aser, á estas palabras, se cubre de rubor, y levanta con timidez hasta

sus lábios la mano caída de su hermana. Dina quiere abrir los suyos y exclama con una voz lánguida: “¡Madre mía, hermanos queridos que tanto amé en otro tiempo y amo aún..... dejadme morir.....¿Por qué os acordáis de mí? Yo fui arrebatada, es verdad, pero un pastor de Siquem me libró de los mónstros de la noche, y me fué dulce deberle la vida: hé aquí mi delito; ¿pero podía esperar mayor castigo? El que esperaba ser mi esposo.....¡Ah! yo soy delincuente.....dejadme morir.....¡Ay! ¡que contra vosotros clama tanta sangre derramada! ¡Oh Dios mío! ¡No soy inocente á vuestros ojos; pero aceptad el sacrificio de mi vida, recibid las lágrimas de mi dolor, reservad á mis padres y hermanos unos días puros y felices que ya no lucirán para mí! El nombre de Dina será borrado de entre las vírgenes de Israel, ¡ay! y tal vez odiado de sus padres.....” “No, hija mía, ¡tan débil crees nuestro amor! ¡Vuelve llena de vida de placer á la casa de tu madre, y dá un día de consuelo á tu viejo padre! ¡Vuelve á nuestros brazos, niña desgraciada! ¡Ay! ¡cuánto te perdono los extravíos del corazón! ¡tu alma sensible te ha perdido! yo también he amado.....olvidemos, hija mía, nuestras pasadas flaquezas, y brille aún para nosotros un día de placer.”

La desventurada Dina, mirando otra vez el cadáver sangriento de Siquem, cayó desmayada sobre los brazos de su madre. Los demás hermanos la colocaron sobre un camello, y todos abandonaron en silencio aquel país de horror. Lia no se apartó mas de su hija, que murió dentro de pocos días despues de haber recibido la bendición paternal.....

..... Grande habia sido sin duda el crimen del jóven príncipe, pero el castigo fué atroz. Lección harto severa por cierto, pero lección memorable para aquellos hombres, que abusan de la majestad del poder para insultar audazmente á la flaqueza. Los nombres de Lucrecia y de Virginia en la historia profana, recuerdan asimismo unas lecciones semejantes. Hay ciertos goces odiosos, que los pueblos no perdonan á las personas que pueden procurarse fácil-

mente otros honrados y licitos; y hasta el mismo Dios en su inalterable reposo y en su profunda equidad, ratifica algunas veces en este mundo el juicio de los pueblos, y se han visto tronos abismarse y desaparecer en sangrientos precipicios, labrados por la voluptuosa desenvoltura de los que los ocupaban.

Despues de la horrorosa carnicería de Siquem, dijo Jacob á Simeon y á Leví: “Me habeis puesto en un conflicto y habeis llamado contra mí el ódio de los cananeos y tereceos, moradores de este país. Nosotros, siendo pocos como somos, no podremos resistir á todos ellos reunidos cuando carguen sobre mí, y quedaré exterminado con toda la familia.” Tan sentidas palabras y tan fundados temores no hicieron impresion alguna en aquellos pechos duros é inflexibles, que se acaban de hartar de venganza y de carnaje, y solo le respondieron: “Pues qué, ¿debieron ellos abusar de nuestra hermana como de una mujer abandonada?” Es de creer que la rectitud de Jacob no consentiria en que los suyos detuvieran mas en su poder lo que habian robado á las víctimas, inocentes en su mayor parte, de aquel despiadado furor; y que á la perfidia é injusticia de aquellos bárbaros homicidas, no añadiría la perpetuación del robo y del cautiverio, y que mandaria restituir desde luego todo lo robado y poner en libertad á los infelices cautivos.

Jacob conservó hasta la muerte un amargo recuerdo de aquel feroz é injusto atentado, que mancha como un lunar sangriento la historia de su familia. Cuando tendido sobre el lecho del dolor, rodeado de sus hijos é inspirado de lo alto, vió descorrerse el velo de lo futuro y articuló aquellas palabras proféticas, que anunciaban de léjos la época en que seria enviado el que habia de ser la esperanza de los pueblos, recordó con dolor el crimen cometido por sus dos hijos, Simeon y Leví, llamándoles instrumentos belicosos de iniquidad. “No permita Dios, dijo, que yo tome parte en sus designios, ni empañe mi gloria uniéndome con ellos, porque en los homicidios demostraron su furor, y en la destrucción de un pueblo su venganza. Maldito sea su furor porque es pertinaz, y su saña porque es inflexible. Yo los dividiré en Jacob, y los esparciré por

las tribus de Israel. ¡Oh Judá! á tí te alabarán tus hermanos: tu mano pondrá bajo el yugo á tus enemigos: adorarte han los hijos de tu padre." Es de creer, pues, que Judá, de cuya tribu nacieron David, Salomon, Zorobabel y toda la estirpe hasta Jesucristo, no manchó sus manos con la sangre de los siquemitas, ni tuvo parte en su exterminio.

El anciano patriarca, avisado por Dios que le habia dicho: "Levántate y sube á Bethel, y fija allí tu asiento, y erige un altar al Señor que se te apareció cuando ibas huyendo de tu hermano Esau;" se retiró á Luza ciudad de los Almendros, en donde habia visto realmente á Dios en sueños, cuando escapababa del furor de su hermano, y á la que, con este motivo, habia puesto el nombre de Bethel. Y bien fuese que los suyos hubiesen traído de la Mesopotamia algunos hábitos supersticiosos, ó bien que hubiesen adoptado algunos ritos cananeos, abolió en su casa todo cuanto pudiese tener resabio de idolatría; prescribió á su familia purificaciones exteriores en señal de la pureza interior que debía recobrar, y erigió por fin un altar al verdadero Dios, que le habia oído benignamente en el dia de su tribulacion. Diéronle, pues, todos los dioses agenos que tenian, y los zarcillos que éstos llevaban pendientes de las orejas; y Jacob los soterró al pié de un terebinto ó encina, que está á la otra parte de la ciudad de Siquem. Porque sabido es que entre los patriarcas, y aun entre las naciones paganas, el padre de familia era á la vez sacerdote y rey; como si la antigua sabiduría hubiese querido con esto manifestar, que si bien los intereses espirituales y temporales del hombre son distintos, no por esto pueden estar divididos; y que las dos potestades que gobiernan su naturaleza complexa, en vez de separarse y de excluirse mutuamente, deben pacíficamente hermanarse y darse la mano para conducir con feliz éxito la humanidad por la senda de sus destinos. Proponer y realizar quizá la division entre el sacerdocio y el imperio, es obra de una fácil audacia; pero crear y aplicarles un sistema completo de fraternal concordia, sería la obra de una inteligencia fuerte y de una virtud sublime. Por lo mé-

nos, si estamos condenados á engañarnos con mucha frecuencia sobre esta materia, es mas perdonable y digno de que se le suponga rectitud de intenciones el que pronuncia palabras de conciliacion, que aquel que declama ciegamente por la guerra.

Reconocido el Señor á la religiosidad de Jacob y á la fidelidad y vigilancia con que le procuraba en su familia un culto puro, sin mezcla alguna de supersticion, luego que hubo partido de Salem, infundió una especie de terror á todas las ciudades circunvecinas, que no se atrevieron á perseguirle en su retirada. Mas como llevaba la vida nómada de los pastores, dejó á Bethel en la estacion de primavera, y se dirigió hácia los lugares en que fué despues Efrata, llamada aun en el dia Bethleem. Durante el camino, sorprendieron á Raquel los dolores del parto, y no tardó en hallarse su vida en peligro. Decíanle: no temas, pues, darás á luz otro hijo. Pero exhalando su alma á fuerza del dolor, y estando para morir, llamó á su hijo Benoni, esto es, hijo de mi dolor. Pero el padre prefirió llamarle Benjamin, esto es, hijo de mi derecha, como para indicar la resignacion llena de fortaleza con que sobrellevó su pesadumbre, pues Raquel, su esposa querida, murió en aquella circunstancia. Fué enterrada junto al camino que vá á Efrata, y Jacob erigió sobre su sepulcro un monumento que se conservó hasta despues de muchos siglos. Aun en el dia, en el lugar mismo en que la tradicion y la Escritura ponen este sepulcro, hay un edificio cuadrado que corona una pequeña cúpula, y que se llama la tumba de Raquel. Este reducido edificio goza de los privilegios de una mezquita, porque los árabes, así como los judíos y los cristianos, honran la memoria de los patriarcas. Desde aquel punto se descubre sobre la colina opuesta la poblacion de Rama, que se presenta en anfiteatro, y de que habla Jeremías cuando, pintando con un lenguaje figurado la desolacion de los judíos reunidos en aquel lugar y prontos á partir de él para ser llevados cautivos á Babilonia, dice: "Oyóse una voz en Rama, un plañido, y un alarido inmenso de dolor; Raquel llorando sus hijos, y no queriendo admitir consuelo porque ya no son." Tambien recuerda el Evangelio

estos acentos de elocuente tristura, cuando describe la horrorosa mortandad con que el rey Heródes ensangrentó las cercanías de Bethleem: los plañidos de todas las madres resonaron como un eco de la dulce y querida voz de Raquel. Y cuando el peregrino contempla en el día á la viuda y estéril Judea, cubierta con la divina maldición como con un manto de muerte, sentada al umbral de la puerta de un pachá turco, y siguiendo con sombría y larga mirada á sus hijos que se dispersan por todos los puntos del globo, ¿no cree escuchar á Raquel derramando aún sobre estas campiñas solitarias el horror de un luto mas grande por el ruido de una lamentacion inconsolable?

Duras tribulaciones afijieron los últimos años de Jacob. El hambre le obligó á pasar á Egipto á la edad de ciento y treinta años. Breve llamó esta vida que nosotros llamariamos hoy larga, porque los dias de su peregrinacion, cortos y malos, como dice él mismo, no igualaron los años de sus padres: palabras llenas de melancolía, repetidas por todas las razas humanas que marchan inclinadas hácia el sepulcro, lamentándose que su existencia sufre una disminucion progresiva en su duracion, ¡ay! sin por esto ser mejor. José y Benjamin, los solos hijos de Raquel, habian sido siempre el objeto de las ternuras privilegiadas de Jacob, el cual pareció amarles aun mas despues de la muerte de su madre, y sobre todo amaba á José. Verdad es que la envidia de sus demas hijos le hizo expiar cruelmente esta predileccion; mas cuando estuvo cercano al sepulcro conservó las habituales disposiciones de toda su vida; y, en memoria de Raquel, decretó que despues de la conquista de la tierra prometida, la posteridad de José formaría dos tribus, mientras que la posteridad de sus hermanos no formaría mas que una sola. Por fin, aun cuando esta distincion no hubiese sido un recuerdo consagrado á Raquel, era muy debida á José, á quien la Providencia honró sobre la tierra de una manera la mas brillante, y que socorrió y cubrió de gloria la vejez de Jacob.

El pincel de los artistas cristianos ha muchas veces reproducido las gráciosas escenas de la vida de Raquel. Sabido es que el

célebre cementerio de Pisa está rodeado de galerías, que contienen muchos cuadros pintados al fresco, por diversos maestros de los siglos XIV y XV. Allí está representada toda la série de la Historia Santa en sus principales sucesos: allí figuran todos los grandes nombres del Antiguo Testamento, á lo ménos desde la creacion por Buffalmaco, hasta la historia de Job por Gozzoli. Entre los muchos asuntos tratados por este último, son de notar las bodas de Jacob y de Raquel, obra que reboza en gracia y delicadeza; la vision de la escalera misteriosa, que hemos referido, y el juramento hecho en Galaad por Jacob y Laban. En el siglo XVI, Estéban de Laulne dió muchos episodios de la vida de Raquel cuya série termina por el trabajoso parto, del cual murió dando á luz á Benjamin. Rafael representó en las salas del Vaticano á Raquel, haciendo beber á sus ganados despues que Jacob hubo sacado ó removido la piedra que cubria la embocadura del pozo. El mismo Rafael y Nicolás Poussin, que pinta los asuntos bíblicos como Racine los escribe, reprodujeron, cada cual á su manera, la escena en que Jacob echa en cara á Laban el haberle engañado, dándole á Lia en lugar de Raquel. Existen, finalmente, bellísimos cuadros de Pietro de Cortona, de Poussin, de La Hire y de Bertin, en que se vé á Raquel sentada sobre los ídolos de su padre, cuando éste les buscaba, y escusándose de no poder levantarse.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

